



DIVIDIDO

***ENRIQUE
GIL IBARRA***

LIBRO DIGITAL

Dividido

NO ME MALENTIENDAS

Puedo escribir los versos que yo quiera.

Se que puedo.

Puedo pensar en pergeñar historias

y escribirlas un día

para hacerlas

embriones de otras vidas.

Puedo creer que soy invulnerable.

Que hay heridas

que afectan “a esos otros”

que no llegan

que no son compartidas.

Puedo consentir en las traiciones

en las mentiras, en las tonterías.

Puedo abrir puertas
que estaban clausuradas
y en cada habitación encender velas
que respalden mi entrada.
Puedo iniciar caminos
-lo he probado-
y perderme en esquinas.
Y retorcer los vientos
y alivianar los gritos
y contar las arenas
y alimentar silencios.
Puedo quedarme un rato
a hacerte compañía.
Sólo un rato te ofrezco,
(debo seguir mi ruta)

y no vendrás conmigo.
No es que quiera dejarte
ni es que me haya aburrido.
Tampoco es que te olvide
recorriendo caminos.
Es que debes perderte
como yo me he perdido
y transitar tus campos
y navegar tus ríos
llegar a tus remansos
e inventar tus sonidos.
Y quizás algún día
en el invierno frío
volvamos a cruzarnos
y me dirás: “amigo,

no puedo acompañarte,
pues tanto he recorrido,
que otra vez caminamos
por distintos caminos”
Y entonces, ya tranquilo,
alegre, satisfecho,
seguiré por mi vida
porque habrás comprendido:
No es que te quiera poco
es que ya te he querido.

DOLOROSAMENTE

Vientos.
Nublados vientos,
refrescantes vientos,
terribles vientos.
Temporales que se arrastran la luna
que se llevan la piel, que retuercen el músculo hasta el alarido.
Vientos sin sensaciones térmicas,
silenciosos, expectantes, clandestinos, diría.
Vientos que transitan esa esquina
una única esquina en toda la ciudad.
Dos pasos para allá,
dos para atrás, y lo has perdido.
Solo el escalofrío te lo anuncia,
nunca se sabe.

Vigilantes vientos.

Auspiciantes terremotos de lujuria sin sexo.

Temblor desde las plantas, sacudón de testículos,
presentimientos.

Los ojos vibran

las manos empuñan nada

mañana es diferente (olores claros).

El mensaje de estos vientos nuevos

se escribirá con runas

con mágicas leyendas

con mentiras flagrantes

con gnomos y demonios asustados.

No hay héroes blancos en estos tiernos tiempos.

Todos simultáneamente oscuros

todos sospechosos, sospechados, sospechantes,

La asquerosa mística del dios dividido

leales y traidores en el mismo viento.

Nublado viento, retorciendo el músculo hasta el alarido

premonizando péndulos cismáticos,

alianzas, contubernios, atroces sacrificios,

gimoteantes torturas, sexo desesperado

segundos antes de la muerte.

Violación reiterada del infinito hasta la vida eterna.

Los vientos nos azotan el culo y nos renacen.

Dolorosamente

recomienza el Gran Juego.

Bienvenidas....

La luz refleja tímida el rincón derecho.

El sillón de la vieja tía reposa sobre la pata floja

y el tapizado

gastado pero discernible

narra cacerías sangrientas y embrujadas.

La pieza invadida de silencios

recibe el sol

como lo que es verdaderamente:

"el poncho de los pobres"

(según dijera el Preso).

Deslizándose entre los hilos gastados

de la alfombra

-que una vez fuera persa-

y hoy es mía,

van los sueños taciturnos
rebotando en los hexágonos desvaídos
y las volutas pálidas,
que no reciben oraciones,
porque aquí no se cree en los milagros.
Y sin embargo,
por la puerta entreabierta
que da al presente de hoy,
al que se vive,
se desliza suave, confianzudamente,
como segura de ser bien recibida
por los fantasmas sin nombre
que transitan la pieza abandonada.
Entra y husmea.
Reconoce aromas olvidados,

un perfume de antigua compañera
hace años perdida.
El rozar de unas manos
arrugadas alisando pelambres,
inquiriendo sobre improbables pulgas
que jamás estuvieron.
(Sólo los recuerdos pican todavía)
Se desliza ahora
hacia el rayo de sol
del pleno junio,
suave, delicadamente,
otea entre sus patas
hacia el jarrón vacío,
el que siempre albergaba
aquel jazmín glorioso

único, incomparable,
que la vieja ponía todas las mañanas
al lado del retrato.
Si no fuera una gata,
diría que el suspiro se hace audible
pero, basta con señalar
que se acurruca,
mira desconfiada hacia la puerta
y se decide:
el hoy no es el ayer
pero su tiempo
es tan válido y real
como el recuerdo.
Katama salta.
El antiguo sillón que la recibe

hace chirriar sus goznes y sus juntas.
¿Siente un sillón las alegrías?
La gata no lo sabe.
Ni le importa.
Da una vuelta, otra,
tres bostezos,
afila dos, tres garras,
sobre el primer lebrél de la cacería.
Se enrosca.
Se adormece.
Sueña con manos arrugadas y sabias.
Rememora caricias.
Katama volvió a casa.

De reajo

Numeramos sombras

salados atardeceres de cemento y terruños

dolidas colecciones

de soldados de plomo

umbrosos refugios de placard

y sótanos

y puertas entornadas.

Cargamos alforjas

con silentes relicarios

repletos de vacío y olores húmedos

de mínimas fotos desaparecidas.

Untamos nuestras mañanas

con empujones espásticos de olvido

y sonrisas prehechas de microondas

y noticieros relevantes
y salvajes planes de reconquista.
Subimos los amores en el disco duro
y empezamos veranos
saludando soles de plástico incandescente
fabulando novedades y motivos
que serán realidades cotidianas
(no por ello menos indecentes).
Generamos idiomas esperánticos
revolcando gramáticas
para explicar que los lenguajes
han desaparecido milagrosamente
en el turbión marino de la sangre perdida.
Nos llevamos puestos, nos alzamos
transitamos siglos de segundos

derrapando en cada esquina, equilibrando
el cascote en el hombro que no duele
formateando las tardes y las noches
a imagen/ semejanza
de lo que no será.
Porque se han terminado los misterios
y la alfombra cubre sólo alimañas
alacranes erectos
silencios cómplices.

¿Dónde están las manos de Víctor Jara?

Llegará el día del reencuentro

cuando nos miraremos nuevamente a la cara

y alzaremos sonrisas en banderas

bordadas con recuerdos y lágrimas.

Volverá la sonora carcajada

a ocupar su lugar en nuestra noche

preanunciando el calor

de las miradas y las copas colmadas.

¿Será la vida eterna?

El silencio del ángel que se arropa

y muestra así su espada

alzada, erguida contra el marco de azul cielo.

Nos llevan melodías.

Son tus sueños suavemente posados en tus manos
profundas de pirata.
Es el coro de miles de gargantas.
Es tu Chile amenazado
y yerto, arrojado al borde
del febril precipicio,
dominado en aceros.
¿Cantarás nuevamente?
Aquí, en la tribuna del Estadio abierto
me parece escucharte.
(Brotará la Cantata
entre tus cuerdas mágicas)
Y será nuevamente madrugada.

El viento

Llueve y no está el cielo gris,
son los cristales
de una ventana tanto ha cerrada.
Mirar, reír la tarde
se hace imposible desde la nube oscura.
Escuchar el viento.
Hay que escuchar el viento.
Trae metálicos, quebrados sonidos, angustiosas pesadillas
perdidos tacones alejados.
El viento. Hay que escuchar el viento.
Lleva confusiones y palabras
ininteligibles, huera
suenan como tambores,
como pintura de guerra.

Porque el color tiene sonido

si lo oyes.

No solo el grito aturde.

El murmullo agitado

azota cortinados y persianas

se introduce violento entre las sábanas.

Trastoca empedrados y baldosas

se mueve, se retuerce,

crece, se dispersa, se renueva, pare.

El vendaval se acerca.

La trampa de la memoria (en tono de Federico)

Pero no eran perdices, no eran.

Pretendíamos tan sólo

un mantel (aún de hule)

en una cocina fresca,

con una ventana única

olor a hierba en la puerta,

el sol sobre las baldosas,

dos niños jugando afuera.

Hubo un tiempo en que pensamos

que todo sería una fiesta

que perennes las guirnaldas

adornarían la mesa

que el amor nos cubriría

como una manta de siesta
abrigando un mimo eterno
que sosegara la tierra.

Llevando la vida al frente
nos cobijamos con ella;
¿tempestades? Si, las hubo;
hubo dolor, hubo guerras,
hubo pérdidas, renunciadas,
maledicencia y sospechas.

Hubo peleas furiosas
reconciliaciones tiernas,
cantares de medianoche
y desveladas materas.

Hoy me siento en la veranda
de esta casa, en las afueras,
le tomo la mano, y pienso
que mi cielo y mis estrellas
no tendrían los colores
que tienen, y que mis huellas
-las que dejé en los caminos,
las que grabé en las fronteras-
hubieran sido difusas,
si esa mano no tuviera.

Si el silencio de las tardes
sin compartir se me fuera,
si el frío de las mañanas
de invierno, me descubriera

tiritando en una cama
extrañándole la ausencia
al roce de su rodilla
oprimiendo mi cadera.

Y en las manos que se juntan
vibran años de presencias
de angustias amortiguadas
con cada caricia nueva.

Y recuerdo ese vestido
tan suave, color turquesa,
que llevaba el primer día,
y el beso que allí me diera.

Han pasado tantos años

Y la memoria me juega

La trampa de los recuerdos

Donde no hay indiferencia.

¿Qué si fue hermosa la fiesta?

¡Pues claro, fue la más bella!

Y los amigos estaban

De punta en blanco en la iglesia

Y las campanas tañían

Que parecía una orquesta.

¿Que si fue hermosa la vida?

Pues claro. Fue la más bella.

Nos dijiste..... (para Paco)

Valer la pena, nos dijiste.

Tiene que valer la pena, nos dijiste.

La pena es como un juego

que se torna amargura.

La pena es como una ausencia inversa.

Y luego está el valor.

El valer.

El velar.

El velar de vigilia.

Porque la pena es vigilante.

Acecha.

Valer la pena...

o dicho de otra forma:

ponerle una cuantía a la esperanza.

Unitarios y Federales

Laica o Libre es la historia de tu tierra.

Y más atrás los sones de mazorca, ponchos rojos,
tacuaras enarbolando desgraciadas cabezas,
cadáveres podridos en marchas y vidalas.

Dorrego asesinado, Urquiza padre

Rosas que se expande, tirana Buenos Aires.

Así nacimos.

Germen de generaciones postergadas y yermas,
estériles diatribas.

Lo que no pudo ser nos estrangula y hiere.

Rebuscando rescatables signos

entre los desperdicios de la historia.

Renegando los mitos -ocultamientos cómplices-
venganzas incumplidas.

Así nacimos.

En fogones turbios, solidarios,

con folclóricas voces en las dunas de arena

y La Ventola de Valeria.

El vino calentando las hirvientes venas

un reguero de juventud y fuerza.

Así nacimos.

Aullidos de rebelión entre los números y las filosofías,

palabras de parición bajo las letras.

Algún ronco grito del hachero chaqueño,

quizás un reclamo de la Córdoba en llamas

nos urgía.

Banderas olvidadas

padres timoratos y desesperanzados

nos legaron la brisa de futuro impredecible

que arrimó a nuestros rostros

la dureza de la nube oscura, del viento huracanado,

del tum-tum ritual de los tambores

señalando la hora del destino.

La tribu nueva,

generación con rumbo y pertenencia

pensó que la verdad no era imposible

y resolvió entregar su sangre entera.

Para vengar las décadas inanes

para abonar tu suelo y tus fronteras

para plegarse a la historia

de los cuentos, las hadas, las leyendas.

Para tenerte en brazos, poseerte

de una vez para siempre

y que canciones en futuros lejanos

mantuvieran viviente la memoria.

Libremente,

cruzamos el Jordán para ofrecerte

nuestra ira de halcones, nuestra gloria,

nuestro propio Sueño de amor, locura y muerte.

DISCUSIONES NOCTURNAS (con Nora)

Tiempo de buscar la noche vieja.

Ternura y sueño.

Rumores de distancia,

gritos secos,

sabores nuevos.

No es verdad

que el corazón se muera

cuando se cierra el cielo.

Son las nubes,

adagios de tormenta (lluvia de enero).

¿El calor nos unirá por siempre?

Podremos mascullar un mantra eterno

y pensar que,
aunque el cielo lllore,
cantan las ciudades cuando yo te veo.

No puedo escribir hoy para tus pechos
ni tus piernas largas
ni tu cuerpo fresco.

No puedo convencerte con las noches
ni las canciones,
ni ofertarte besos.

Sé, si, que los días se me alargan
cuando te siento lejos.
Sé que capturarte una sonrisa

tiene más sabor que el vino añejo.

Sé que quisiera demorarme un siglo
en esa sensación cuando te siento.

Sé que, aunque me niegue a comprenderlo,
mis versos y canciones tienen dueño.

El hombre de la sal (Kosovo)

No es llorar.

Es esperar la hora.

No es crecer, ni soñar. Es aguardar no ser.

Las baldosas rojas del patio se levantan,
sacudidas por el temporal.

Vuelan descascaradas hasta el techo
de mi vecino de siempre.

Mi vecino se ha ido.

Partió con esa nube gris y sucia
que se ha formado hace unos días.

Pero no trae agua sino ruido.

Nieve reflejada en el lente roto de Iván,
que no abre su almacén desde este lunes.

Se sienta apoyado en la metálica cortina,

baja, desgastado, la mirada azul hacia sus zapatos.

Iván ya no me mira.

A nadie mira ya.

Tal vez ni me recuerde.

El camino que llevaba a mi casa

está minado de olvido.

Mis hermanos se fueron hace tanto...

Y un futbolista argentino no quiere abandonarnos.

Me gustaría ver el mar.

Pero es prohibido el heroísmo entre los pobres.

Tan sólo si te escondes...

Tan sólo si te apuestas...

Tan sólo si te mueres.

Del otro lado se nos vienen lentos

(no tenemos fronteras),

ni augures,

ni letanías.

Ayer un chico se escapó corriendo

apretando en sus brazos mi lata de pintura.

No creo que supiera leer,

probablemente pensó que era comida.

Lo vi doblar la esquina

- lo que queda de ella-

y se esfumó como el vapor

que surge a veces de mi pozo ciego.

El calor del suelo se percibe

a través de la suela del zapato.

A ratos tiembla.

La explosión lejana

es un alivio egoísta pero honesto.

Quisiera ver el mar.
Que la sal no caiga sobre el pasto que queda,
que las hierbas no mueran.
Mañana será otra vez de madrugada.
Pero las madrugadas retornan solamente
cuando se las observa.
Y ya ninguno de nosotros
continúa fuerte para mirar el cielo.
Tengo en la mano mi martillo,
el más pesado y viejo.
He pensado en machacarme un pie.
No quedaré peor que muchos otros,
y ya varios lo han hecho.
Hace unos minutos disfruté con ganas
mi último cigarro.

Miraba el horizonte. En lo lejano
la colina de siempre -bendecida- obstruía el infinito.
Detrás de ella había -estoy seguro-
un mundo que no existe.
Del otro lado había -yo lo creo- una vez, una vaca.
Creo que hoy es 27. No hay adónde ir.
Cuando era joven, sabía hablar inglés,
y hoy no me acuerdo.
Cuando era un niño tuve, aunque parezca tonto,
una guitarra.
Y ahora no distingo los colores.
Solo puedes venir, pero no irte.
Porque no hay lugares
detrás de la colina,
y no hay nadie que amar

a la luz de la luna.

Quisiera ver el mar.

Que mi sal no caiga sobre el pasto que queda.

“Empacado” (a P.U.)

Hubiera querido...

quisiera podido...

Estoy acá quieto,

atorado,

“empacado” –sintetiza Juan-

¿por qué no me enseñaste mejor?

¿cómo me permití no aprenderte?

La puta madre

No hay un mall

El pasado es un defecto de la vida

-diría Juan-

La tarjeta de crédito se agita,

tiembla esperanzada.... pero no.

No hay un mall

Donde comprar recuerdos nuevos.

NOTAS VIRGENES (Las Notas)

Saber

que uno de nuestros nombres

se pronuncia

con rumor de alegría...

Que los tornados se liberan

y flotan

que ignotos y lejanos tecleantes

se acomodan a nuestro confín.

Róbate las ínfimas llamas de las velas

y, dándole luz a tu melena suelta,

paséate por las mesas de tu casabar.

Que el revoleo de polleras,

el perfume de hembra joven

nos refresque y tiernice.

Tiempo habrá para esperar al Hombre.

Hoy regálate a la Casa

y entréganos miradas, susurros,

complicidades.

Sonríe al borde de la escarpa

y fabula caer, que la muerte no existe.

Piénsate inmortal, bella, sonora,

oboe perfecto

de insospechables e imposibles tonos.

Tonos nunca escuchados,

Que aguardan

el segundo

en que el maestro oscuro

y añorado

asiente en ti sus manos para siempre.

EL MAGO

El mago observa la puerta cerrada

y se pregunta. ¿cuándo?

los nombres tamborilean, rebotan

en las paredes negras

de la angustia somnolienta.

Las frases, conjuros impotentes

se agolpan en sus labios

y esperan un triunfo

imposible contra las sombras.

Frutillas.

Son imprescindibles

al encontrarte con el infinito.

Si el mago pierde sus poderes,

la mujer podrá encontrarlo

para siempre.

Y en un racimo de uvas

recogerá sus conjuros,

uno por uno,

encerrados, prisioneros,

en cápsulas verdes y brillantes,

jugosas, perfectas,

inútiles, estériles...

El mago dejará su capa.

Se convertirá en hombre

y soñará con hijos, chimeneas, y perros junto al fuego.

Materializará sus sueños

y utopías en familias crecientes;

tendrá nietos.

Pero la magia

se habrá ido

a otros cuerpos,

a distintas historias,

y Judy cantará diferentes canciones.

Los caminos no serán

de colores

y los hombres de lata tendrán por fin su corazón.

Pero la magia

se habrá desvanecido.

Serán hombres y mujeres

los que construyan.

No obstante,

quizás valga la pena.

Los infinitos transgreden

cada hora

las leyes inmutables.

Tan solo un mago

sin duda, solo un mago,

no tiene esa importancia.

Y sin embargo,

¿por qué extraño ya esos atardeceres?

¿Y las luces que refulgen

en la montaña grande?

La colina que aleja ese camino

me resulta rara,

como difuminada

en un vaho de neblina opaca...

No consigo entender

lo que me dicen

los espantapájaros,

y se me van las horas escuchando inútilmente a las abejas.

Mi libro de conjuros

yace olvidado

en un rincón oscuro

de mi biblioteca

y no logro divisar

el arco iris

emergiendo en la lluvia.

Sólo a veces

cuando mi niño me sonrío,

y a pesar de todo,

dejo de añorar mi capa.

La huella

Dejar huellas,

pequeñas, suaves, invisibles casi.

Ambiciones mitigadas

tan solo por decorosas (falsas) humildades.

Fantasías tan ciertas, tantas ideas,

tantas inconclusas premoniciones.

Al fin, en la oscuridad que inevitablemente sobreviene,

que tu huella sea ligera no es preocupante.

Mientras exista la señal, la insignificante depresión del infinito

que afirma que estuviste.

Que torciste un rumbo, aligeraste un peso,

construiste algún sendero.

Esa ínfima, cuasi deleznable rasgadura

sobre el polvo yerto

producirá en el que camine luego
alguna sensación, desasosiego, convicción dudosa.
Y al posar su planta
sobre el arañazo imperceptible de tu historia,
murmurará para sí, distraídamente,
"aquí hubo un hombre".

SI PUDIERAS (para Nora)

Si no me amas, se funden las palabras. (Nada puede decirse, si no me amas)
El tiempo ya no vale, la historia ya no cuenta, si no me amas.
Los años transcurridos son solo una memoria,
una historia de otros, si no me amas.
Si no sientes nostalgia cuando no estamos juntos,
si no te suena solo el mundo; si no ves vacíos los espejos;
si tu espalda no está desamparada; si tu vientre no se angustia por
la ausencia.
No hay palabras que cuenten.
No hay trabajos que valgan.
No hay buenas voluntades.
Si no me amas, pensarás en tu vida tomándome -si- en cuenta,
pero apenas.

Como un ser muy querido extrañado de a ratos,
valioso por su "el", no por "nosotros".
Si no me amas, cantarás tu canción propia, (serás capaz de
hacerlo),
te imaginarás feliz, plena, sin mi.
Si no me amas, prefiero que lo digas.
No basta demostrarlo, las acciones cobran realidad con el sonido.
Siempre es bueno saber. Aunque la duda parezca compasiva.
Si no me amas, nada que yo haga parecerá importante.
Nada que vos hagas valdrá la pena.
Mis iras serán injustas, tus negaciones buenas,
hasta la eternidad nos culparemos de lo que no será.
Si consigues amarme, negociaremos juntos.
No será un ideal, nada perfecto, trataremos, los dos, de ser felices.

Hasta ahí, claro. Nadie pretende que el jardín de rosas se realice.
Pero seremos dos; es más, nosotros.
Podremos afirmar, al final, que lo intentamos.
Que no hemos fracasado, que supimos exigirle a la vida lo
debido.
Y eso no es un fracaso. Eso es la vida.
Que a veces nos resulta complicada, cruel, incomprendible.
Que nos quita y nos da, sin explicarnos, sin prestarnos casi la
atención deseada,
Como si nuestros sentimientos fueran sombras,
aladas, sutiles, grises sombras sobre la oscuridad.
Si no quieres amarme, entonces es mi culpa.
Es que tanto te he herido -juro que sin quererlo-
que tu alma me teme, me rechaza, me niega.

Si es así, lo comprendo. Hemos crecido y pienso
que a veces este mundo no es bueno con los buenos.
Que nos retuerce y dobla, nos cambia, nos estruja, nos convierte
en fantasmas,
en pálidas parodias, en débiles espectros, nos quita la sustancia.

Si no puedes amarme, también soy yo el culpable.
He perdido en los años la voluntad de ser querible,
esa necesidad de aceptación que me importaba,
la conciencia de pertenecer.
No tengo un mundo, no tengo ya un país.
Tengo tan sólo un planetita, minúsculo, exiguo, habitado apenas
por un núcleo mínimo.
(Es pequeño de veras un planeta que puede contar sólo hasta el
tres).

Si no puedes amarme como soy, como te quiero, nada puede
hacerse.
Puedo cambiar, un poco. Hasta ahí.
Pero no sería yo si fuera otro.
No me amarías a mí si fuera otro.
Si no puedes amarme, igual te querré siempre.
Sin culpas, sin dolores, sin quejas, sin lamentos.
Porque hemos compartido nacimientos y sueños,
historias, llantos, vida, canciones y alegría.
Nada hay que valga más, te lo aseguro.
Si no puedes amarme, no te sientas mal, no es necesario. Esas
cosas pasan en la vida.
Aceptarlas forma parte del juego del crecer,
De hacerse una persona. Humana. Estable. Generosa.

Si quisieras amarme, tal vez podríamos llegar a algún arreglo.

Una negociación de crecimiento mutuo:

"Tal vez no tengo ganas pero lo haría por vos".

"No estoy de acuerdo pero te respeto".

"No hay traiciones posibles, sos mi amigo".

Esas lealtades extrañas, entrañables,

que sólo las parejas sienten y comparten, que las convierten,

en murallas firmes y enhiestas frente al quién será.

Si quisieras amarme, seríamos felices.

Porque el amor negocia y comprende,

establece, diferencia, casi siempre perdona.

Pero si pese a todo, no pudieras hacerlo,

se franca, te lo pido. Los tres nos merecemos la verdad.

Y otro tipo de amor surgirá de ella.

Ni más ni menos válido. Distinto.

Y será otra forma de felicidad.

Tal vez menos completa para mí, con nuevas esperanzas para vos.

Será otra historia.

E igual la construiremos.

Paso a paso.
